

LOS OJOS DE GALDÓS

CAROLINA MOLINA

LOS OJOS DE GALDÓS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: octubre de 2019

© Carolina Molina, 2019
© de la presente edición: Edhasa, 2019
Diputación, 262, 2ª^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6333-3

Impreso en Encuadernaciones Huertas

Depósito legal: B. 21588-2019

Impreso en España

«Imagen de la vida es la Novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea; y el lenguaje, que es la marca de raza; y las viviendas, que son el signo de familia; y la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad: todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción».

(Pérez Galdós. Discurso de acceso a la Real Academia Española: «La sociedad española como materia novelable», 1897)

«Sin mujeres no hay arte. Ellas son el encanto de la vida y el estímulo de las ambiciones grandes y pequeñas. Origen son y manantial de donde proceden todas las virtudes».

(Pérez Galdós. Homenaje a Jacinto Benavente)

A Manuel Molina, mi padre, que se marchó un 21 de agosto de 2017 sin haber podido llegar a leer esta novela. Me consta que le gustaba Galdós, con el que guardaba cierta afinidad de ideas. Seguro que si se encuentran, allá donde estén ahora, tendrán mucho de lo que hablar.

PREFACIO

Descansaba ambas manos sobre su bastón, una sobre la otra, apoyándose sobre él como los curiosos suelen asomarse a una ventana y desde ella ver la vida que transcurre.

Galdós miraba, o, mejor dicho, parecía mirar, sobre ese punto indefinido al que van los pensadores cuando se encuentran sentados en un banco de un parque. Erguido como una estatua, elegante, quietísimo. A veces ladeaba su oído para captar el canto de un mirlo o de algún picapinos insolente que rompía la quietud del Retiro.

Así era don Benito en 1915. Su robustez elegante se quebraba y tras las gafas, que no permitían ver sus ojos ciegos, se percibía un arrebato de melancolía, de extraña tristeza.

Galdós había perdido su magia, eso decían. El escritor español más fecundo de su tiempo se apagaba y esa fue la causa de que yo tomara una decisión temeraria, la de buscar ayuda en una persona externa que pudiera hacerle volver de su autocomplacencia.

Reflexioné sobre quién había influido en él lo suficiente como para hacerle ver que no todo estaba perdido. ¿Su médico y amigo Gregorio Marañón? ¿Quizás alguno de sus alumnos aventajados en la literatura, aquellos que ahora se hacían llamar de la Generación del 98?... No, había que arriesgar más. Había que llamar a una mujer que lo adorara, que le hablara lindezas y ablandara su empecinamiento de no querer escribir.

Por eso, entre todas las que le amaron y aún le amaban, fui a pedir ayuda a doña Emilia Pardo Bazán. Y tras contarle que don Benito sufría una crisis de identidad, me contestó: «Todavía no ha llegado el momento en que mi amigo adorado, mi *miquiño*, sea capaz de negarle algo a una mujer. Déjalo en mis manos».

Así lo hice. Convine el momento en que Galdós estuviera dando su paseo y esta vez, habiéndolo acompañado al parque del Retiro,

lo senté en un banco, me alejé de él con una excusa harto extravagante y esperé escondida tras un árbol a que llegara la condesa.

Ella llegó por su espalda, habiéndome saludado con un gesto señorial muy suyo, y cuando estuvo muy cerca de don Benito le dijo al oído:

—¿Qué pasa, grandullón? ¿Tenemos saudade?

Emilia Pardo Bazán, la gran escritora, exageraba al lado de Galdós su mirada chispeante. No eran dos chiquillos, tampoco dos viejos, sino un hombre y una mujer que se quisieron como pocos.

—¿Tú aquí, ratona? Te hacía en tu tierra, escribiendo alguna incomodidad para los señores del Ateneo.

Galdós intentó mostrarse imperturbable, pero, ay, qué expresión tan amable se le puso al oír la voz de su amiga. Yo bien sabía que sería la mejor medicina para su enfermedad.

—Ha sido cosa de Carmela, ¿verdad? —preguntó el escritor—. ¿Te ha hecho llamar para levantarme el ánimo? Dice que últimamente no tengo ganas de hacer bromas, ni de meterme con el Gobierno, ni con la Iglesia, ni...

—Ni de coger un lápiz para escribir.

Galdós suspiró. Volvió la cabeza en dirección a doña Emilia y se quitó los anteojos.

—Parece que no os dais cuenta de que estoy ciego... y viejo.

La Pardo ocultó una carcajada, pero en el intento su cuerpo tembló contagiando al banco que ambos ocupaban.

—¿Y eso es impedimento para el más grande de los escritores españoles? Mira, *miquiño* mío, cuando te vea en la tumba, bajo una losa de mármol o de granito o de lo que desgraciadamente sea, entonces... me creeré muy de veras que ya no volverás a escribir. Pero, mientras tanto..., ¿qué son los ojos para un escritor? ¡Nada! Un escritor son sus recuerdos y su ingenio, y de eso tú tienes mucho.

Benito callaba, dejó su bastón como punto de apoyo y le tendió su mano a la Pardo.

—¿Hace un paseito por el Retiro?

Se levantaron de inmediato y comprendí que la medicina de doña Emilia empezaba a surtir efecto. Estuve vigilándolos durante largo rato, a distancia moderada, sabiendo que la Pardo Ba-

zán lo daba por bueno y que Galdós me ignoraba. De haber sido de otro modo no habría podido mantener la pantomima. Solo me entrometí lo justo durante el tiempo en que me honró con su amistad.

—¿Te acuerdas de cómo nos conocimos, grandullón? ¡Lo que es el destino! Cuando te vi sentado entre tanto periodista en aquella conferencia del Ateneo, tan ocupado en intentar doblar tus largas piernas sin ofender al que estaba sentado frente a ti..., ay, no sé, *ratoncillo* mío, creí que acababa de conocer al hombre de mi vida. Y, en efecto, así fue. Sí, no te rías. Tú eras un hombre experimentado y, aunque yo no me quedaba atrás, nunca imaginé que a mis treinta años pudiera conocer sueño tan fantástico. Un amor como el nuestro no se encuentra fácilmente.

Galdós se dejaba engatusar como si paladeara una golosina, para él esos recuerdos de juventud le retrotraían a una vida que ahora le parecía extraña y casi de protagonista de una de sus novelas. Su brazo, del que pendía doña Emilia, se relajaba. Era él el que guiaba por instinto hacia el estanque, hoy vacío de barcas por la humedad otoñal.

—Ayer mismo pasé por esa esquina del paseo de Santa María de la Cabeza, tan cerca de la calle Atocha, en donde nos citábamos para luego encontrarnos en nuestro nido de amor del barrio de Maravillas. —continuaba la escritora con femenino entusiasmo, muy próxima a él—. Fuimos felices como solo se es entre iguales, cuántas conversaciones tuvimos y cómo me enamoraba ese entusiasmo tuyo a la vuelta del Ateneo o del Congreso o del paseo de los aledaños a la plaza Mayor... Se te salía la vida por los ojos y a mí se me salía el quererte por el escote. Ganas me daban de besarte en las mejillas, en las orejas, hasta en el pescuezo, cuando te oía hablarme de todo lo que habías visto.

—Pero todo eso se acabó —sentenció muy dramático el escritor, volviendo a hacer alusión a su ceguera.

—Ah, ya veo que no has olvidado mi pequeña debilidad. —La Pardo, con elegante mano izquierda ignoró su comentario y continuó con sus recuerdos de juventud haciéndole creer que se refería a una antigua infidelidad—. Sí, *miquiño* mío del alma, no te puedes

imaginar cómo echo de menos aquel tiempo y cómo me reconcomi lo que te hice. No sé ni cómo fui capaz de engañarte tan vilmente. No te merecías esa traición..., pero, bueno, dejémoslo, hoy he venido a regañarte, sí, como si fueras un *neniño* pequeño que no quiere tomarse el jarabe a pesar de estar enfermo. Porque tú has de tomártelo quieras o no, vamos que si te lo tomarás, aunque tenga que llamar a la mismísima María Guerrero, que sabes que genio tiene un rato.

Don Benito parecía arquear las comisuras omitiendo ahora una sonrisa.

—No te esfuerces, ratona, no te esfuerces. He vivido mucho y ahora toca abandonar. Ya casi no siento nada ni quiero nada. Seré feliz con mis perros y mi huerto en San Quintín. Tal vez me deba ir a vivir allí para siempre.

—¡Pero si solo quieres que te mimemos! ¿Abandonar tú? ¿Abandonaste cuando te amenazaban de muerte enviándote anónimos tras el estreno de *Electra*? ¿Y qué me dices del nuevo escritor propuesto para el próximo Nobel? ¡Pero si no te llega ni a la punta del zapato! ¡No puedo creerme que no te indignes ni un poquito!

—Ya te lo he dicho... No tengo ganas de nada...

En aquel momento el taconeo de unos zapatos ensordeció el canto de los mirlos y el golpear de los picapinos. Se aproximaba una mujer con paso enérgico y al poco de acercarse a la pareja de escritores torció y continuó por un camino paralelo. Galdós paró en seco, presintiendo la proximidad de una desconocida. Doña Emilia se apercibió.

—¡Serás pillastre! Parece que nada te interesa, pero rejuveneces con el aroma de un perfume de mujer. ¡*Ratonciño, ratonciño...*, que te veo los bigotes...! Tú lo que necesitas es a una muchacha que te ayude a escribir, mejor dicho, a transcribir esas memorias que te han pedido para la revista *La Esfera*.

Galdós callaba, pero para mí que se había sonrojado.

—Anda, ve y pídeselo a Carmela. Nadie mejor que ella para hacerte recordar y... para hacerte sentir joven de nuevo.

Don Benito seguía inmóvil con gesto que a mí me parecía de reflexión. Sonrió. Hacía unos cuantos meses que no sonreía.

Volvimos a casa de Galdós, habiéndonos despedido ya de doña Emilia Pardo Bazán. El retorno fue inesperadamente silencioso. Imaginé que se había ofendido por mi intromisión. Yo tenía prisa, pues debía salir de Madrid muy pronto, pero antes de irme me tomó una mano y me dijo:

—Querida niña, me requieren de la revista *La Esfera* unas memorias que irán publicándose y que comprenderán desde mi infancia a la actualidad. Según parece, debo ser muy importante, porque dice el director de la publicación que seré reclamo de lectores. —Sero, lo que di por bueno. ¡Qué atractivo estaba el anciano Galdós cuando reía!—. Yo ya no tengo ganas de nada. Por no tener no tengo la memoria de antes. Todo se fue con la luz de mis ojos, pero tú, Carmelilla, tal vez me puedes hacer las veces de eco de mi memoria. Apuntándome todos los disparates hechos en mi juventud quizá me sea más fácil escribirlos. Yo no puedo ni coger una pluma. Es curioso que para escribir sea más necesaria la vista que las manos. Necesito a alguien que mire por mí. ¿Quieres convertirte en mis ojos?

Suspiré. No sabría decir si de sorpresa o de miedo. La doble intención de sus palabras me acongojaba. Mis sentimientos eran tan imprecisos como la vergüenza que me producía ser una parte del viejo Galdós, que, aunque viejo, era el más grande de todos los escritores de nuestro entorno.

Y con falsa modestia le pregunté si aquello no debería ser cometido de su eficaz secretario, Pablo Nougués.

—No, tontina... Para él será un descanso. Le he dado trabajo en demasía. Mi ritmo ha menguado, ya será imposible escribir a razón de una novela cada tres meses, pero, con todo, he decidido hoy mismo seguir agotando a mis ayudantes. —Don Benito volvía a reírse sabiéndose ahora con la fortaleza de un Sansón—. Piénsalo y mañana me dices, ¿quieres? Total, no sería más que reunir en un solo documento todo aquello que te fui contando en los muchos encuentros que tuvimos desde que llegaste a Madrid, que seguro que tú, querida mía, te acuerdas de todo lo que yo dije, de mis andanzas de juventud y de mis pequeños éxitos con la literatura.

–Prometo que lo pensaré. Ya sabe que ahora soy responsable de otra persona y eso me ocupa mucho tiempo –respondí, sonrojada de emoción.

–Ah, sí. No digas más. El eterno conflicto de la mujer. Pero has tenido buenas maestras, como esa a la que has citado hoy en el Retiro –recalcó con sarcasmo, haciéndome ver que era consciente de la artimaña de haber llamado a la Pardo–. Ellas te enseñaron que cuando hay amor a la literatura la casa estorba. ¿O es que acaso quieres cambiar la pluma por el mandil?

Me hizo recapacitar don Benito, pues nunca fui mujer dócil ni sumisa, aunque en esos precisos momentos no tuviera más remedio que verme silenciada por lo que tenía en casa. Lo que me estaba sucediendo era lo que me merecía. La medicina de doña Pardo Bazán se había vuelto contra mí.

–Piénsalo, sé buena... –decía, tratando de convencerme definitivamente–. Ahora vuelvo a tener unas ganas locas de trabajar. Y... necesito ayuda.

Yo vacilaba.

–En todo lo que he hecho en mi vida ha estado siempre una mujer –sentenció Galdós–. ¿No querrás ser tú ahora esa mujer? ¿Ser mis ojos?

En esa disyuntiva, al día siguiente, y como habrán supuesto, le confirmé a Galdós mi deseo de ayudarle a recordar su vida.

DE CÓMO CONOCÍ A GALDÓS EN 1890

En septiembre de 1890 se produjo un gran incendio en la Alhambra. Al ir a sofocarlo, mi padre, Maximiliano Cid, se encontró con la horma de su zapato, que era mi tío Pepe Pardo y algún que otro cacique de la singular Granada de aquel tiempo. Aprovecharon estos, por ser sus enemigos naturales desde años atrás, para inculparle del delito. No era cosa rara, no. El incendio había sido provocado y se esperaban con impaciencia las primeras detenciones.

Por aquel entonces tenía yo la tierna edad de quince años, pero no me amilané a la hora de pedir auxilio en semejante circunstancia. La falta de una mujer en la casa de los Cid tras la muerte de mi madre me convirtió en adulta y con mi padre detenido injustamente acusado de provocar el incendio de la Alhambra resolví meter unos vestidos en dos baúles y subirme a la diligencia hacia Madrid.

Me acompañó mi tío Juan Morell, al que rogaron que hiciera el papel de escolta, pero a poco de poner el pie en el empedrado del salón del Prado, desapareció, pudiéndole el ímpetu calavera. No volví a verle en todos los días que estuve en la capital e incluso cuando volví a Granada seguía sin aparecer.

Sinceramente, lo esperaba. Contaba las horas para que aquello sucediera. Mi tío era un tarambana de los grandes, así que terminé sola y con quince primaveras, pero con un solo objetivo: el de hablar con Pérez Galdós.

Mi padre, que a todos conocía o casi, puso sobre aviso a don Benito. Muchos acudían a él para pedirle cosas, algunas de carácter literario y otras, como la mía, de índole personal, y a casi todas respondía con diligencia y generosidad.

Créanme cuando lo digo: yo no recuerdo haber sido niña. Mi infancia la pasé procurándole sosiego a mi padre, que no paraba

de meterse en camisa de once varas. Es algo que viene de antiguo en mi familia, allí donde hay polémica se encontrará a un Cid.

Así que llegué muy sofocada al estudio de don Benito, que se encontraba en la espaciosa plaza de Colón. A mí se me antojaba estar en París con tanta amplitud, porque Granada, de donde yo procedía, aunque holgada en según qué partes, conservaba sus calles laberínticas y angostas de cuando los moros vivieron en ella. Vamos, que todo era bien distinto y a mí me abrumaba enfrentarme con mi corta edad a tanto extraordinario.

En el número 2 de la calle, tercer piso, izquierda, esquinado con la ronda de Santa Bárbara, contaba el escritor con un despacho soleado y grande desde donde veía un Madrid en construcción impulsado por la rica burguesía y el progreso cultural de finales de siglo. Todo esto era de gran valor para don Benito, pues era hombre de observar y disfrutar del paisaje.

Por aquel entonces ya empezaba a sufrir el escritor dolores de cabeza y la falta de luz le hería las pupilas en sus muchas horas de trabajo.

Entré al edificio, donde se encontraba la casa de Galdós, con altos y trabajados techos, que según me dijeron fueron diseñados por Lorenzo Álvarez Capra, quien ayudaría a construir la famosa plaza de toros de la zona que llamaban de Goya y, si la memoria no me engaña, la señera y popular iglesia de la Paloma de Madrid. Todo esto debía ser cierto, pues el arquitecto era seguidor del estilo orientalista que ya se apreciaba en el interior de ese edificio, con ventanales de colores, anchurosa escalera y barandilla de distinguidos cromáticos.

Al iniciar el ascenso de los peldaños, con agradable enmoquetado, ya me latía el corazón a ritmo frenético, quizá no tanto por conocer a don Benito, del que muy bien me habían hablado, sino por conseguir mis propósitos de salvar la honra de mi padre, ya por entonces, algo cuestionada.

Tuve frío, siempre lo tengo al entrar en las casas de portales amplios, me paré un segundo y con disimulo, pues habría de recogerme la falda, aproveché para ajustarme el pechero y abotonármelo.

Subí los tres pisos y al llegar al último ya me había vuelto el calor a las mejillas. Ahora hasta sudaba.

Qué conflicto. Me vería el señor Galdós acalorada como la chiquilla que era y eso me preocupaba. Deseaba causarle buena impresión y sobre todo dársela de juiciosa, pues de mi intervención dependía demostrar la inocencia de mi padre y, consecuentemente, su libertad.

Llamé a la puerta y me abrieron. Lo hizo una criada, que me introdujo a un gabinete. Al hacerlo me desorientó el batir de unas alas, menudas pero muy vivas, que resultaron ser de dos lindos periquitos apostados sobre una barra dorada. Al momento oí: «¡Qué rico!». Y de nuevo: «¡Rico, rico!».

Cosa muy rara de oírse en una casa de escritor, ciertamente, pero es que me explicaron que don Benito y sus hermanas, con quienes convivía, eran aficionados a los animales y muy pronto comprobé tal circunstancia al encontrarme en presencia de un loro, muy deslenguado, y que acusaba, con la repetición de la palabreja, la osadía de quien está demasiado mimado.

No me crucé con persona alguna, ni las hermanas Pérez Galdós asomaron, aun siendo aquella casa de acostumbrado encuentro familiar. Casi me alegré, porque no era cosa de que mi asunto fuera a parar a oídos de terceros siendo este tan delicado.

Me recibió don Benito sin hacerme esperar. Atravesé la puerta de su gabinete y allí lo encontré, encorvado sobre su mesa de trabajo, pues estaba escribiendo.

Como se acababa septiembre y Galdós era más bien friole-ro, tenía calada hasta las orejas una simpática boina azul y sobre los hombros una capa, atuendo que debía ser el corriente para combatir los embates del otoño en esa mansión de techos altos y en chaflán, hacia una plaza amplia en donde el viento debía hacer remolinos.

Por temor a importunar su inspiración, esperé paciente a ser descubierta y empleé este instante en echar un vistazo a la sala, que, aunque grande y algo destartada, tenía pocos objetos que despertaran mi interés. Por muy extraño que pareciera, había escasos libros, lo que me hizo pensar que la biblioteca debía situarse en di-

ferente zona de la casa y esta estancia solo la dedicaba don Benito a su trabajo.

La decoración tendía a sobria, con predominio del rojo, aunque las pesadas cortinas de las dos grandes ventanas, tras las espaldas del escritor, eran verdes. Su mesa de escritorio tenía patas torneadas, pero muy añejas; decolorada en parte por el uso y falta de barniz en las zonas donde, posiblemente, hubo trasiego de muchos pliegos de papel de imprenta.

También tenía don Benito fotos enmarcadas, la mayoría, de niños, quizá de sobrinos o de hijos de amigos, lo que le confería a la sala aspecto de casa de abuelo bonachón, más que de escritor consagrado.

En otro de los rincones colgaban de las paredes menciones y diplomas, con dedicatorias de sus paisanos canarios o de colegas escritores con los que se relacionó en su larga vida de letras. Algún cachivache más había descolocado, recuerdos de algún viaje a los que era aficionado.

Levantó la cabeza y me sorprendió curioseando. Exclamó un «¡oh!» muy oportuno y retirándose la capa de los hombros se levantó de su raída butaca.

Era don Benito alto y desgarbado. A sus cuarenta y siete años me pareció aún apuesto, a pesar de tener los ojos algo pequeños, pero de gran expresividad. Su bigote caía hacia el labio ralo y fino, pero en conjunto no resultaba extravagante, ni siquiera si prestabas atención a su boina azul. Su aire distraído ejercía gran atracción entre las féminas y Galdós lo sabía.

Me tendió su mano para saludarme y cuando le hube ofrecido la mía me la estrechó con las dos suyas, pero no me la besó.

—Discúlpeme, señorita. Estaba corrigiendo galeradas y no la oí llegar. En estos días no consigo despegarme del escritorio. Ya sabe usted, la necesidad de corrección.

Me miró un instante pensando que se disculpaba con razones que yo no comprendía.

—Oh, vaya, pero qué va a usted a saber. Estas cosas son solo de escritores y el resto del mundo piensa que los libros se hacen solos. Pero, venga, venga, siéntese junto al brasero.

Yo le sonreí, realmente me resultó de gran ternura su ofrecimiento.

—No quiero interrumpirle demasiado en sus quehaceres, don Benito. Aunque usted no lo crea, sé bien qué es eso de escribir. Mi padre me tiene a todas horas entre papeles y artículos de periódicos. Por eso vengo a usted a pedirle lo que ya le adelantamos por carta. Estamos en un aprieto importante.

Don Benito me escuchó con atención. A cada expresión mía refiriéndome a la injusticia que habían cometido acusando a mi padre de atentar contra el monumento emblemático de Granada, él asentía y decía, casi por instinto, murmurando: «Ah, aquí huele a cacique» o «Ya, ya... Todo responde a la envidia, que es el deporte nacional...», luego suspiraba y se encendía un cigarro.

—No se preocupe, señorita. Haré lo que esté en mi mano. Mañana mismo me acerco a ver a Antonio Maura. Y en cuanto acabe de corregir este pliego le elaboro a usted una carta de recomendación para quien pueda interesarse en el juicio. —Luego quedó pensativo—. ¿Y... un articulito para *El Liberal*? —se preguntaba en voz alta—. No está de más, sí, no está de más.

Galdós era así de espontáneo y de rápido en las decisiones, a pesar de su aspecto distraído y su mirada ausente, era perspicaz al máximo y nada se le escapaba. Creo que hasta ya estaba elaborando mentalmente su prometido artículo al periódico *El Liberal* en ese mismo momento.

—Señor... —continué, sabiéndome ya recibida y comprendida—. Quiero que sepa que es para mí un honor poder hablar con usted. En casa le admiramos mucho, en especial yo, que soy aficionada a la lectura y también a... —Bajé la mirada, me avergonzaba decir que en la oscuridad de mi cuarto y cuando nadie más me observaba, emborronaba cuartillas.

—Usted escribe, ¿verdad, jovencita? Se lo puedo adivinar mirando sus manos, algo deformadas por la pluma. No, no se preocupe usted, no le quitarán encanto a su condición de mujer. Es aún muy joven y tiene todo el tiempo por delante, pero déjeme que siga adivinando. Usted quiere a esa tierra andaluza que la vio nacer, pero... apostarí los míseros derechos de alguna de mis

obras a que si tiene oportunidad de venirse a la capital... usted se vendría.

Galdós dio una calada a su cigarro. Y yo, volviéndome del color de la grana, tuve que reconocer que había visto dentro de mí mejor que nadie de mi entorno.

—Mi padre me necesita, soy la única mujer de la casa... Mi madre murió cuando yo nací y desde entonces el caserón de los Cid ha sido un desastre.

—Ya, ya entiendo. ¿Y piensa usted hacer uno de esos sacrificios a los que se ven forzadas las mujeres, que es el de quedarse en su casa a cuidar del resto de los hombres?

«Vaya», pensé yo, «qué directo es este señor». De alguna forma había puesto el dedo en la llaga, porque, por esos tiempos, sin saber lo que me deparaba el futuro, ya había decidido administrar la caótica vida de mi padre y atenderlo como una hija amantísima, que es lo que era.

—No se ruborice usted, y permítame, si no soy indiscreto, darle un consejo. Vuelva a Granada y viva, viva su juventud, que esta se pierde pronto y luego es imposible de recuperar. Hoy estoy espléndido, fíjese usted, y al tiempo que le envíe la carta de recomendación le haré otras más para que pueda, si es de su gusto, introducirse en círculos literarios de esta capital de las Españas. Sí, le daré una para conocer a la Pardo Bazán. ¿Quién mejor que ella para enseñarle a una joven lo que es la vida literaria de Madrid y sus muchos sinsabores?

Suspiraba, no me dejaba mucho tiempo para hablar. Yo misma me preguntaba qué estaba sucediendo, porque, desde mi punto de vista, había llegado a casa de Galdós para pedir por mi padre y resultaba que iba a salir de ella con recomendaciones para escritores de todo Madrid. Ahora sé que fue el destino, contra él no hay nada que se pueda hacer.

—Si usted lo quiere así, don Benito...

El escritor sonrió. De nuevo otra calada.

—¡Qué encanto de chiquilla! No sé si me lo agradecerá alguna vez, porque esto de escribir es de los oficios más ingratos que hay en el universo, pero negarse a la evidencia es aún peor. Vuelva

usted mañana, como dijo nuestro amigo Larra, que tendrá preparadas esas cartas prometidas.

Me despidió con efusión contenida, volviéndome a rodear mi mano con las dos suyas. Sostenía mientras tanto el cigarro entre sus labios y este temblaba cada vez que me decía adiós. Su deje canario, seseante y cadencioso, siempre lo conservó don Benito. A mí me pasó igual, que allí donde dejaba caer una palabra, reconocían en ella mi acento granadino. Ya éramos dos fuera de nuestra tierra, pero queriendo bregar en esa capital confusa que era Madrid.

Salí de su casa algo perpleja, asimilando todo lo que había pasado, que era mucho, pero sin poder comprender el alcance de lo que significaría en tiempos posteriores. ¿Habría resuelto, con aquella visita, la desgraciada situación de mi padre?

Y... si aquello sucedía, ¿me permitirían sus recomendaciones introducirme en los círculos literarios de Madrid, que era lo que realmente anhelaba en silencio desde hacía tanto tiempo y nadie sabía?

Bajé despacio las escaleras, me desabrochaba el escote para poder respirar. Sabía que ese momento marcaría mi vida para siempre.

En esas estaba cuando oí subir a varias personas, reparé en una sombra de dos mujeres, una quizá la dama de compañía y otra, la principal. Iba esta delante, con aires de matrona, y tuve que retirarme para dejarla pasar, lo que ella agradeció con sonrisa y movimiento de cabeza. Me miró con elegancia.

Era una corpulenta mujer, distinguida pero algo brusca, que pasó a mi lado y se dirigió a la casa de Galdós, en donde llamó a la campanilla de la puerta sabiendo bien hacia dónde iba.

—Buenos días, doña Emilia —le contestaron desde dentro—. Pase, pase, que don Benito ya la espera.

Luego, atando cabos, caí en la cuenta. Se trataba de la gran Pardo Bazán, a la que luego conocería gracias a Galdós en una de sus famosas veladas literarias.

* * *

Conocer al mejor escritor español de todos los tiempos, tras Cervantes (y perdónenme si así lo piense sin desmerecer a los Valeras, Barojas, Unamunos... o todos los demás que dio nuestro amplio y fructífero país) no me quitó el sueño. Creo que no era consciente del tesoro que se me acababa de conceder. Una chiquilla casi adolescente abriéndose a las delicias culturales de la mano de un hombre tan consagrado e inspirado por las musas... Eso era solo posible en las novelas, pero no en la realidad.

Y llegado a este punto dirán ustedes por qué tuve tanta suerte. No sabría decirlo, quizá por compensar mi vida sosaina y tirando a timorata, marcada por la herida de la muerte desde mi nacimiento, cuando perdí a mi madre.

Fui la segunda hija de mis padres. Mi hermano Manuel murió poco antes de que yo naciera, contagiado de viruelas. Mi madre, Alma Pardo, fue la sombra de mi padre, mujer sensible y, según me decían, bastante insulsa por su falta de personalidad. Vivía para los demás y sin casi oponerse, lo que le vino muy bien a mi padre, Maximiliano Cid, al que todos llamaban Max, que fue toda su vida un rebelde y provocador.

Con todo, si he de ser sincera, mi padre fue mermando su rebeldía con los años, incidiendo cada vez menos en sus particulares guerras burocráticas. Por el contrario, en el otro particular, es decir, en lo mujeriego, no hubo quien lo domesticara, pues para eso se las pintaba solo. Y no es que fuera así sin conocimiento, ni que yo viviera en mi infancia un trasiego de faldas, no. Es que mi padre se enamoraba de veras y por sus mujeres hacía cualquier cosa si llegaba el caso, fueran estas cosas acomodadas a las normas sociales o no. Se enamoró de la amante de mi abuelo, de su amiga de la infancia, de su enfermera y hasta de una actriz de segunda que fue la que acabó con él. No quiero detenerme en esto, pero da buena cuenta de lo que se fraguó en mi infancia y, por consiguiente, justifica mi carácter.

Muy pronto acepté todas las responsabilidades. Con mi madre fallecida, la amiga de infancia de mi padre, Valeria, se convirtió en su segunda esposa. Fue cariñosa conmigo y me trató como a una hija, pero la falta de vástagos propios le ensombreció el carácter y

fue entonces cuando mi padre resolvió adoptar a un niño de la casa cuna. Así llegó el segundo Manuel al caserón de los Cid, al que llamamos *Lolo* cariñosamente. Todos lo quisimos cuanto nos fue posible, a pesar de las enfermedades que desarrolló después, convirtiéndolo en un hombre afable y mucho más sensible que la media, pero ausente en todo lo humano y, por lo tanto, falto de juicio.

No voy a negar que a veces fuera una carga para mí. Me convertí en su hermana y en su madre, mucho más cuando Valeria murió de neumonía y volvimos a quedarnos huérfanos, solos mi padre y yo a cargo de la casa. Entonces fue cuando decidí convertirme en la mujer que ahora soy.

Mi padre fue dando tumbos dedicándose por entero al periodismo, siendo en los años últimos de su vida dueño de una imprenta. Entre los chibaletes y galeras crecí yo, sin referencia femenina. En ese 1890 aún no había conocido mi padre a la que fuera su tercera esposa, Delmira, y con la que mantengo una relación estrecha de amistad verdadera. Pero de eso ya contaré algo más tarde.

Mientras todo esto recuerdo, me miro al espejo. ¿No me he presentado aún, ¿verdad? Soy testaruda, sensible, imaginativa. De poca estatura y de huesos anchos, forjados en una repetida mala suerte en todo cuanto hago. Tengo la mirada alegre a pesar de todo. Y mi pelo es como un enjambre de abejas, casi pelirrojo y muy rebelde, con rizos imposibles.

Soy Carmela Cid Pardo y también soy los ojos de Galdós.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

DE CÓMO TRES MUJERES SOLAS SOBREVIVIERON AL MADRID DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Con ayuda de Galdós y de un inteligente abogado defensor, el juez dejó libre a mi padre sin haber encontrado pruebas suficientes para inculparlo. Con todo, le acusó de desacato y tuvo que pagar una multa por haber interrumpido con insolencia, varias veces, a lo largo del juicio.

Así era mi padre, o se le odiaba o se le quería. Yo, por descontado, lo adoraba, siendo los días siguientes de hacerse efectiva su liberad los más felices de mi vida.

También entró en ella, quiero decir, en nuestra vida, la que fuera la tercera esposa de mi padre, Delmira de Oneta, una asturiana de armas tomar que le aplacó el carácter y, si no hubiera sido por el fallecimiento de mi padre, todos hubiéramos continuado en Granada conviviendo como una familia normal, al menos, durante algunos meses, porque Galdós me proporcionó diversas cartas que me sirvieron para iniciar una amistad con Emilia Pardo Bazán y, como es lógico, me sentía seducida por establecerme en la capital. Así pude disfrutar de pequeñas temporadas en Madrid conociendo a escritores y haciéndome un hueco en el mundillo literario.

Simplemente, ocurrió después que no me dio tiempo a aprovechar tanta dicha, sobreviniéndonos la muerte de mi padre, que supuso un hachazo traicionero que partió en dos nuestro destino. Él siempre había sido el contenedor y el sustento de toda la familia

y ahora nos dejaba huérfanos, no solo a sus hijos, también a su esposa, a su hermana y cuñado o a sus fieles sirvientes, entre los que se encontraba Rosita, quien era algo así como una abuela para todos y cuidaba de nosotros con su peculiar cariño.

Por eso tuve que reprimir mi vocación incipiente, olvidar mis cuentos a punto de publicarse en alguna revista, mis invitaciones a tertulias y mi amistad con esas mujeres luchadoras que demandaban tantos cambios sociales a los que no podría sumarme, pues mi familia, o lo que quedaba de ella, me reclamaba.

Se repartió la herencia y de las dos casas que teníamos por entonces, la de Granada y la de Madrid. Yo me quedé con el caserón de los Cid en el paseo de los Tristes, frente a la Alhambra, la que fuera el refugio de mi padre, de los Cid rebeldes y luchadores, pues sus batallas habían sido muchas a favor de levantar esta ciudad andaluza moribunda en otra, si acaso aletargada, pero sabedora de tener un destino mucho más feliz.

Mi hermano Lolo heredó la casa de Madrid en el salón del Prado, que se compró gracias a la venta de otra más antigua de unos tíos abuelos situada cerca de la Fábrica de Tabacos.

Al comenzar el siglo, justo cuando mi padre murió, mi hermano acababa de casarse con Florinda, a la que todos llamábamos Flor, y de ampliar la familia con un parto doble, los que serían mis sobrinos Rodrigo y Jimena. Viendo que nuestra familia se desintegraba y mi padre, que la mantenía, ya no estaba, decidieron marchar a París. Florinda, que era pianista, podría mantener a la familia con el fruto de algunos conciertos y clases de piano. Así me abandonaron mis únicos familiares directos, dejándome con Delmira en el caserón granadino, y se hizo este hogar, que antes era la delicia de mis juegos infantiles, un castillo inexpugnable.

Entonces decidí trasladarme a Madrid a cuidarles la casa del salón del Prado a mis hermanos, aunque tal no fuera más que una excusa por querer recuperar el tiempo perdido en esas tertulias literarias y disfrutar del nuevo Madrid, ciudad que se me suponía el paraíso para una mujer con inquietudes.

No tuve ninguna duda, tapamos los muebles del caserón granadino, cerramos sus amplias habitaciones, cegamos sus ventanales

hacia la Alhambra y nos vinimos a la capital de España, lo que para una muchacha de provincias resultaba ser un paso arriesgado y decisivo en su vida.

Todos me tachaban de loca. «¿Qué van a hacer tres mujeres solas en una gran ciudad?», se preguntaban. «No resistiréis ni un solo verano». ¿Y qué decir de los peligros? Era de todos sabido que a las mujeres las atacaban por las Vistillas o les robaban en sus propios portales, Madrid era la vorágine, la jungla poco más, y ninguna mujer, sexo débil al fin, sería capaz de vivir sola sin un hombre que pudiera velar por su reputación.

Convencí a Delmira, la viuda de mi padre, y Rosita, nuestra ama de llaves, para trasladarnos a Madrid de forma indefinida y no se amilanaron. «¿Sin hombres?», decían, «¿y qué?».

Allí nos fuimos, asaltamos la casa del salón del Prado, a la que llamamos desde entonces *La Granadilla*, y la pusimos patas arriba, limpiando hasta su último rincón y redecorando, con medios más que modestos, todas sus habitaciones.

Tampoco dejamos descuidado su gran jardín. En él pasé los mejores momentos. Sobre una mesa de mimbre, recuerdo de algún viaje hecho a La Habana dejado por un anterior propietario en el desván, escribí mis primeros artículos para los periódicos y luego, cuando el tiempo lo permitía, los cuentos que me pagaban bien y de los cuales nos sustentamos durante algún tiempo y que firmaba con el nombre de Darío Alcázar.

* * *

Se acercaba el verano de 1900 y Madrid no era tan templado como recordaba. En Granada, aun siendo ciudad del sur, corría un aire sano, serrano y alhambrenño, al que todo granadino acude por las noches. Nuestra casa, situada cerca del Darro, tenía, además, algo de humedad que refrescaba el ambiente, pero en Madrid las tardes y luego las noches se hacían algo incómodas. Con todo, los climas de ambas ciudades eran bastante parecidos siendo de interior y así intentábamos combatirlo en la frescura del jardín o paseando por el Retiro, que teníamos relativamente cerca.

Aquellas primeras semanas fueron desmoralizantes. Nos atormentaba el gasto excesivo de la mudanza, pues la casa estaba en peores condiciones de las que recordaba. Delmira y yo empleamos casi todos nuestros ahorros disponiendo de dos míseras rentas anuales que deberíamos dosificar con tiento. Y además nos asustaba la falta de visitas con el verano a punto de empezar, las familias que conocíamos preparaban ya sus viajes a las playas o a las casitas de veraneo. Nadie se había dado cuenta de que estábamos instaladas en Madrid y anhelábamos una vida social.

–Rosita..., ¿seguimos sin recibir tarjetas de visita?

Lo preguntaba ocultando prudentemente mi ansiedad.

–No, señorita. Nadie se acercó ni llamó a la puerta a entregar su tarjeta. Claro que en esta casa es más difícil vigilar la puerta, como hay que atravesar el jardín...

Suspiraba. Qué desastre, me decía. Más de una vez me lamentaba de haber tomado la decisión de venir a Madrid.

–Es pronto... Llegarán.

Entonces, Delmira, tan pragmática, añadía:

–Si la montaña no viene..., habremos de ir a la montaña. ¿Qué tal una tarde de escritura de cartas?

Yo asentía. La idea era buena, pero me horrorizaba vernos de pronto asaltadas por visitantes a los que no podría agasajar ni siquiera con un licor.

–Hasta que no cobremos el próximo mes, mejor no dar oportunidad a que vengan demasiados. Pero alguna carta sí habré de escribir. Por lo menos a mi amiga Lisita, que se alegrará de saber que ya estoy instalada.

–Hazlo, querida, hazlo. Luego iremos a pasear al Retiro.

Aquella carta fue difícil de escribir. La rompí varias veces y eso que lamentaba gastar papel con lo caro que estaba. No sabía bien cómo enfocar el asunto. ¿Con el anuncio de mi llegada bastaría? «Querida Lisita: Te escribo para comunicarte que ya estoy instalada en Madrid» o, mejor aún, ¿por qué no poner algo de sentimiento? «Querida Lisita: ¡Cuántas ganas tengo de volverte a ver! Y ahora resulta que ya es posible, puesto que estoy instalada en Madrid».

Ay, qué conflicto. Ambas me parecían igual de insulsas, pero tras una tarde de inquietud finalmente le escribí:

«Querida Lisita: Te escribo para comunicarte que ya estoy instalada en Madrid. ¡Cuántas ganas tengo de volverte a ver! ¿Crees que podrías venir a visitarme en breve? Ardo en deseos de que me pongas al corriente de todo lo acontecido en la capital en estos últimos meses. Tu amiga, Carmela».

Sí, mucho mejor. Lisita era más bien... cotilla, todos los encuentros en donde poder hacer mención de las novedades de Madrid le entusiasmaban. No tardaría en recibir respuesta. Habría de prepararme, tener pastas recién compradas. Rasqué dentro de mi bolsito de terciopelo y rescaté unas monedas, que le di a Rosita.

—Anda, ve a Casa Mira. Pero que te las den contadas.

La pobre mujer me miró desconcertada.

—Pero, señorita..., hay una buena tirada hasta la Carrera de San Jerónimo. Yo, por lo menos, no tengo piernas... ¿Puedo tomar un coche?

—¡Para coches estamos! —exclamé, muy poco sensible.

Me levanté algo enfadada, pues habiendo tomado la determinación de invitar a Lisita lo mejor era ser previsor. Suspiré y contesté:

—Iré yo, Rosita, no te apures. Tengo mejores piernas y no me vendrá mal pasear un poco.

La pobre criada asintió con la cabeza, con cierto reconcome, como ella decía, pero se fue a las cocinas y no replicó.

Mientras me ponía el sombrero para salir, algo embarulló la casa. En la zona donde estábamos pocos sonidos nos asaltaban, salvo los de los mirlos por las mañanas, así que muy pronto captó nuestra atención el runrún de unas ruedas de coche que pararon en la misma puerta del jardín. Oímos un «sooo» largo del cochero y Rosita volvió *volá*, gritando:

—¡Señorita, señorita..., que tenemos visita! Por ahí sale un señor muy alto con bastón. ¡Que viene, que viene!

Yo la calmé, aunque sintiendo el corazón palpitándome en el pecho. Delmira, más decidida y controlada, se acercó a la puerta para recibir al visitante.

Sonó la aldaba, Rosita se santiguó como si con ello quisiera impregnar al momento un poco de la fortuna que nos estaba faltando en los últimos meses. Abrió la puerta y allí estaba él.

Era Galdós.

* * *

Lo hicimos pasar. Rosita le recogió el sombrero, pero se quedó con el bastón. Le invité a sentarse en nuestra mejor sala, que en otros tiempos sería fría como el interior de un castillo, pero ahora nos refrescaba los días tórridos. Delmira nos dejó solos. Sabía que era un momento mío y lo entendió.

Miré a Galdós prudentemente, pues hacía tiempo que no nos veíamos. Desde que viniera a pedirle ayuda para mi padre nos habíamos carteadado, pero no coincidimos en ningún acto a pesar de que me diera varias cartas de recomendación para presentarme a sus amigos más queridos, entre ellos la Pardo Bazán, como ya dije.

—Supe de su llegada por Emilia, que le ha tomado mucho afecto. —Se refería a la Pardo, naturalmente—. Y como estoy ya en puertas de viajar a Santander para todo el verano he convenido venir a verla y dedicarle toda la tarde. ¿Le parece bien?

Mis ojos debieron reflejar mi primer atolondramiento, dado que no teníamos nada para ofrecerle, ni siquiera las dichas pastas de Casa Mira.

—Eso es..., como se dice por estos lares..., ¡superior! Su compañía es siempre un placer, ya lo sabe. Y bien que me vendrá para que me ayude a decidir qué puede hacer una mujer como yo para darle utilidad a su vida en una gran ciudad.

Benito sonrió y me miró con picardía.

—No me parece que se esté cuestionando qué labores femeninas o a qué casas de caridad debe acudir para ofrecer sus servicios... Usted me está preguntando cómo puede ganarse la vida. ¿Me equivoco?

Suspiré.

—No, no se equivoca. Quisiera trabajar y a ser posible escribiendo.

Galdós rio, y eso que no acostumbraba a hacerlo abiertamente.
-¿Quiere usted escribir? Eso es fácil. ¿Quiere usted publicar?... Eso es más complicado. ¿Quiere usted cobrar por ello?... Eso es imposible.

Me sorprendió que me dejó sin habla.

-¿La he impresionado? Como supongo que no es mujer de usar las sales, le diré algo más. No es mi deseo desencantarla. Ha elegido usted una digna profesión, pero tan digna es que solo pueden vivir de ella los dioses. ¿Quiere que le cuente cómo fue mi llegada a Madrid? Tendría más o menos su edad, pero ya era un pícaro de treinta. Y con experiencia de haber escrito en diarios de mi tierra y todo, me fue difícil encontrar mi sitio en el periodismo. Lo que escribía para *La Nación* no me lo pagaron hasta pasados años.

-Yo pensaba en ir vendiendo algún cuento para salir adelante...

-Ya, cuentos... Quizá dirigiéndose a alguna revista de mujeres... Lo veo difícil, sinceramente. Pero no se apure, le escribiré algunas cartas y le daré referencias.

Esbocé una sonrisa de agradecimiento.

-Vamos, vamos, tontina, no se me amilane usted. Que mi visita no sea motivo de tristeza. Usted lo que tiene que conocer es cómo es la vida en este Madrid agotador, que no para desde el amanecer hasta que el sol se acuesta. Aquí hay bulla hasta en las iglesias. Madrid no se para nunca y usted ha de seguirle el ritmo, así que no le vendrá mal que le hable de mi experiencia nada más llegar a la Península. ¿Quiere que lo haga? ¿Puede dedicarme su atención durante algunas horas?

Me sentí halagada.

-Por supuesto..., pero quizá le apetezca un té y unas pastas... ¡Rosita, trae las pastas!

Rosita me miró desconcertada. ¡Pero si no teníamos!

Don Benito, que era muy agudo en las observaciones, nos vio haciéndonos gestos de disimulo y entonces resolvió:

-¡Venga, vayamos al Prado a pasear! Que les invito a todas a tomar una horchata.

Rosita no cabía en sí de gozo. Pasear por el salón del Prado con un señor tan respetable era poco más o menos que alcanzar la gloria.

Nos pusimos los sombreros, también los ligeros mantones quienes lo creyeron acertado, y salimos a pasear con Pérez Galdós.